

claro, directo, tiene seriedad de cátedra; carece de figuras retóricas. Su propósito es tan noble que a veces abandona su imparcialidad para ir a lo castizo; su amor por lo español tan profundo que a veces se apasiona y llega a conclusiones, a primera vista caprichosas. Por esto nos es profundamente simpático, como hombre, como español, como escritor. Y nos proponemos algún día en que podemos gozar del reposo necesario ir al fondo de lo típicamente español a través del espíritu duro y tierno, áspero y fino, joven y escéptico, amable y combativo, contradictorio siempre, de nuestro querido maestro Federico de Onís.—
Arturo Torres Rioseco.

University of California.

DARÍO EN LAS MANOS DE RIOSECO,

La nutrida y nunca suficiente bibliografía sobre el tránsito y obra de Rubén Darío se ve acrecida con «*Clasicismo y Americanismo* en la obra de Rubén Darío. Estudio precedido de la biografía del poeta», por nuestro antiguo conocido Arturo Torres Rioseco, catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de California, en Berkeley. Los publica *Harvard University Press*, Cambridge, Mass.

La introducción, que es una de las partes en que, a pesar de su brevedad certera, Rioseco calentó sus hornos intelectuales hasta los términos del ardor—el libro en lo general está escrito con frialdad que no excluye erudición,—nos dice

que el nombre de Darío «brilla en el horizonte de nuestra vida literaria, muy por encima de escuelas y tendencias. Fué romántico por su independencia artística, por su entusiasmo y su fervor, por el culto supremo de su yo; fué clásico por la pureza de su dicción, por sus altos ideales, por la armonía total de su obra y por su serenidad; y fué modernista porque trajo nuevos temblores de sensibilidad a nuestra poesía, porque abrió nuevos caminos y porque antepuso su afán de renovación a todo deseo de triunfo fácil e inmediato». Conforme a este breve análisis, Darío se nos muestra como hombre-síntesis. Justo. Sólo que, cuando líneas adelante Rioseco afirma que «los poetas de hoy, afiliados a escuelas modernas y futuristas, han negado a casi todos los maestros del Modernismo, pero observan una respetuosa admiración por el autor de *Prosas Profanas*, entonces nos parece que Torres-Rioseco se equivoca, pues así como ya se va estimando de dudoso gusto por algunos aludir a Queiroz y a France, con Darío comienza a pasar lo mismo. Lo niegan los hijos de su sangre. Se hace notar, en la misma introducción que glosamos, que Darío fué un poeta originalísimo, que poseyó en alto grado el poder de asimilación. Esta característica debió ampliarse en el capítulo sobre su americanismo, reforzando con esa peculiaridad—que es tan frecuente en los escritores continentales—el acertado diagnóstico. Ya Francisco Contreras en su *Rubén Darío*, refiriéndose a la labor poética de éste, an-

terior a *Prosas Profanas*, hacía notar que aunque adoptó procedimientos extranjeros hasta el punto de calcar algunos de sus poemas sobre modelos franceses, y forjó no pocos neologismos y galicismos de vocablo y de sintaxis, su extraordinaria personalidad logró hacer de aquellas piezas imitadas obras personalísimas, y mediante su sentido del idioma obró con tacto en la creación de esos nuevos elementos verbales.

En la biografía de Rubén, Rioseco nos ofrece, después de lo más importante, de lo ya conocido, nuevos datos epistolares que obtuvo de los amigos del genial nicaragüense.— Juan Ramón Avilés, Roberto Brenes-Mesén, Regino Boti, Ricardo Fernández Guardia y otros, proporcionan noticias que se ignoraban o eran poco conocidas. Fernández Guardia, algo puritano, refiere que hizo buenas amistades con Rubén, pero sin penetrar en su intimidad, porque el desarreglo de su vida no le permitió acercarse a él, tanto como era su deseo. (Ojalá Hernán Robleto, que estuvo junto al lecho de muerte de Darío nos ha referido algunos detalles de esos días, escriba la historia de la infancia del poeta, pues tiene datos preciosísimos al respecto). El autor, imparcial, encuentra justificada la indiferencia de Darío por las cosas de Chile, ya que la incomprensión y la desventura presidieron su estancia en el país de Rioseco. Recoge, también, esta vehemente apreciación de un prominente hombre español del 98, Ramiro de Maeztu: «Si, como sintió el dualismo de la forma

pura frente a la forma impura, hubiera sentido, con la misma perspicuidad, el de la vida pura frente a la vida impura, Rubén no sería meramente uno de los mayores poetas de nuestra habla, sino otro Milton (a mi juicio el poeta más grande que ha habido en el mundo) y hasta al fin de los tiempos encontrarían los hombres en sus versos la fuente de la vida.»

Analizando el casticismo en la obra de Rubén Darío, Rioseco observa que aquél siempre fué un enamorado de España y que su real y profundo conocimiento de los clásicos del mismo país le permitió escribir a los catorce años el soneto *En la última página del Roman-cero del Cid*, fielmente apegado al modo y decir del modelo. Juan Valera, a la aparición de *Azul*, aseguró que el libro estaba escrito en muy buen castellano. De añadidura—según Rioseco—la emoción racial pocas veces ha cobrado voz tan recia y acendrada como en las páginas de *España Contemporánea* y en multitud de poemas—*Pórtico*, *El elogio de la seguidilla*, *Un Soneto a Cervantes*, *A Goya*, *Letanía de nuestro Señor Don Quijote*, *A Colón*, *Soneto a Valle-Inclán*, etcétera.

Rioseco dedica un capítulo acucioso y de ancho alcance investigador a las *Resurrecciones e Innovaciones Métricas* de Darío, en el que mediante paralelos convincentes y felices demuestra que casi la totalidad de ellas no provienen de fuente francesa—salvo excepciones mínimas—sino de las más legítimas y cercanas de los poetas es-

pañoles antiguos. Para este fin Rioseco va refutando, con paso lento y seguro, las apreciaciones que Erwin Mapes hizo en su libro: *L'influence française dans l'œuvre de Rubén Darío*, publicado en París en 1925.

Para el autor, Rodó estuvo en lo justo cuando, en 1896, decía: «Rubén Darío no es el poeta de América». En efecto, hasta entonces el poeta ha rehuído la inmediata calidad americana, grosera y poco ambulante, como el mismo lo hizo ver con otras palabras, en páginas de amargo sabor. Pero la correspondencia de *La Nación* de Buenos Aires, que llevó al poeta a España el año 98, es el principio de otro capítulo en que la distancia, por una razón muy natural, le acerca a una América miserable o grandiosa, pero siempre maternal. Y ya en *Cantos de Vida y Esperanza* (1905) tal sentimiento se expresa con una pujanza y luminosidad sorprendentes. Rioseco aporta, en este punto, un caudal de ejemplos.

Sin agotar su paciencia, el autor, tras estudiar el paisaje americano en la obra de Darío, fija similitudes —lejanas o acentuadas— entre éste y algunos poetas españoles del XIX: Bécquer, Campoamor, Cano, Espronceda, Núñez de Arce y Zorrilla. Claro está que el paralelo alcanza áreas de producción muy reducidas y en ocasiones se establece con un solo poema.

Arturo Torres Rioseco, que según sus propias palabras trató de escribir «una obra digna del glorioso nombre del Maestro, puso a contribución un cariño y empeño que

nos obligan a anotarle muchos puntos buenos. Se ha esforzado por escribir algo nuevo—tarea difícil dado el vasto número de exégetas que le precedieron—y en gran parte su afán se ve cumplido. Ello debe dejarle una buena alegría, tan encendida como el lomo amarillo de su excelente libro. —Antonio Acevedo Escobedo.

LA SEPARAZIONE DELL'ECONOMÍA DALLO STATO, por *Agostino María Trucco*.

Es este uno de los más importantes volúmenes de la *Biblioteca Hallesint*, por su valor científico y técnico.

El autor empieza a examinar las causas económicas de la gran guerra y hace una crítica a las doctrinas pacifistas, y en particular a Norman Angello.

Según A. M. Trucco (1), el fracaso de las doctrinas pacifistas provienen de la ilusión de que los parlamentos nacionales y las conferencias político-económicas internacionales puedan dar vida a un nuevo ordenamiento internacional, eliminando las anomalías económicas que provocan las guerras económicas y las conflagraciones armadas entre pueblos. La realidad demuestra la absoluta insuficiencia de los organismos políticos nacionales e internacionales para remediar los desequilibrios económicos. Más aun, la política constituye una de las causas de las perturbaciones internacionales, en cuanto hace un ver-

(1) Ediciones Hallesint. Italia, Roma.